

“Jesús y el ‘hombre fuerte’”
(Mc. 3:22-30)

Hohenau,
Cap. Miranda.

Sal. 130; Gn. 3:8-15; 2 Co. 4:13-5:1; Mc. 3:22-30

Marcos 3:22-30

22 Pero los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios.

El octavo mandamiento dice: No dirás falso testimonio contra tu prójimo. Aquí nos dice Dios claramente que no debo hablar mentiras, ni malas palabras; que debo usar mi boca en defensa del oprimido, de los que no tienen voz; que en un tribunal debo decir la verdad, y que debo interpretar todo de la mejor manera. Sin embargo, los fariseos, enemigos declarados de Jesús, dicen que él cura por obra de satanás. Eso es lo mismo que decirle en la cara a Jesús: tú eres un hijo de satanás. Lo dicen descaradamente, a pesar de que saben que Jesús es un verdadero profeta, el hijo de Dios. Odian a Cristo y lo desprecian, lo rebajan, intentan humillarle de la peor manera, para que su obra y sus enseñanzas sean mal vistas. Pero, ¿cómo actúa Jesús con esta clase de gente? ¿Cómo los trata? ¿Cómo tú los tratarías?

23 Y habiéndolos llamado, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? Jesús es misericordioso. No paga con la misma moneda. Él les enseñó a sus discípulos: amen a sus enemigos, oren por quienes los persiguen. Y uno aquí podría agregar también: enseñen a sus adversarios el camino de la verdad con amor. Jesús no sólo nos enseñó a amar a nuestros enemigos, a los que rechazan la verdad de la Biblia, lo que niegan que Cristo es Dios hecho hombre, los que dicen que sólo es un profeta, sino que Jesús mismo los amó. Entonces les llama, como diciéndoles “vengan, yo también tengo algo para decirles”. Con cariño, con respeto, Jesús les enseña a través de tres ejemplos tomados de la realidad, para que se den cuenta de la mentira que dicen:

24 Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer. 25 Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer. 26 Y si Satanás se levanta contra sí mismo, y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin.

La manera de enseñar de Jesús, es simple, pero poderosa. Un reino dividido no podrá permanecer por mucho tiempo. Una familia donde abundan los gritos y las divisiones tampoco durará mucho tiempo. Y por eso mismo, si satanás se muerde él mismo su propia cola, tampoco podrá durar, su fin está cerca. Con estos ejemplos, Jesús les demuestra a los fariseos que ellos están equivocados. Son palabras de ley, pero dichas con amor y respeto. Jesús quiere demostrarles que no tienen razón, que su poder de curar, de hacer milagros y exorcismos, viene de Dios, porque él es Dios en persona. No se puede atribuir a satanás algo que en verdad proviene de Dios. ¡Qué dureza de corazón!

Un país donde abundan los motochorros, no podrá durar mucho tiempo. Un país donde la justicia se tuerce por causa de arreglos, de simpatías y de dinero, no puede durar mucho tiempo. Un país donde se estimula a la vagancia, no puede durar mucho tiempo. Un territorio donde no se puede circular libremente, donde los accidentes abundan porque la gente no respeta las señales de tránsito, no lleva casco, no lleva puesto el cinturón, tira la basura en la calle, no respeta el semáforo, hay narcotráfico, hay masones infiltrados en la política y en la religión, tampoco puede durar mucho tiempo. Es hora de recapacitar como sociedad. Recapaciten los cristianos, y asuman la responsabilidad que les toca en esta

sociedad. No oculten su mirada de la ley de Dios, que les dice: No mientas, no digas, yo no hice nada, yo no fui. Sí lo hiciste, sí fuiste vos el que lo hizo.

Una casa dividida en dos, no puede durar por mucho tiempo. Una familia golpeada por la mentira, un matrimonio distanciado y quebrado por la infidelidad, no puede durar mucho tiempo. Maridos golpeadores, hijos desobedientes, una familia así no puede durar mucho tiempo. Y la familia de la fe, la iglesia, ¿qué podemos decir al respecto? ¿Te consideras parte integrante de esta congregación, o miras desde afuera, como si todavía fueras un visitante? No escondas tus macanas debajo de la alfombra. No digas “yo no hice nada, fue aquel”. ¿Por qué mientes sobre el pueblo de Dios, diciendo cosas que no son? ¿Por qué sigues tus impulsos carnales? Deja de luchar contra Dios. Porque, una iglesia dividida, una congregación peleada, dividida en grupos ‘yo soy de Pedro’, ‘yo soy de Pablo’, y ‘yo de Apolos’, no durará mucho tiempo.

Jesús sigue enseñando. Dice así: *27 Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa.*

He aquí el más dulce evangelio que uno puede imaginar. Quizás ustedes piensan, ¿dónde está aquí el evangelio? ¿Qué es lo que dijo Jesús? Nuestro Señor nos revela aquí, en este pasaje, el evangelio que antes había sido prometido por Dios en Génesis 3:15: Que de la descendencia de Eva, nacería Aquel varón que aplastaría la cabeza de satanás, la serpiente antigua, y el padre de la mentira. El hombre fuerte al que se refiere Jesús, es satanás. El hombre que saquea la casa de este hombre fuerte y se lleva el botín, es nuestro Señor Jesús. Cristo entró en la historia de la humanidad, naciendo de seno virginal de Mará, para cumplir la promesa hecha por Dios a Adán y Eva, y por extensión, a todos sus hijos, o sea, toda la humanidad. Este Jesús es, como prometía el Salmo 130, quien en el futuro vendría a redimir a Israel de todos sus pecados. Cristo murió por nuestros pecados en la cruz del calvario. A través de su muerte, él logró la victoria sobre el poder del diablo, y aplastó su cabeza. Esto está profetizado en Génesis 3:15: Él (Cristo) te aplastará la cabeza, y tú (serpiente) le herirás en el calcañar (el talón). Jesús debía salvarte, muriendo en una cruz. No otra manera, el inocente por el culpable. Ese fue el precio de tu redención. Cristo, voluntariamente, nació, vivió y se sometió a la ley, vivió una vida santa y perfecta. Pero además de todo esto, lo importante es que Jesús vino a ocupar tu lugar en la cruz. La Escritura dice: sin derramamiento de sangre no hay perdón de pecados.

Mucha gente hoy piensa que Dios perdona si tengo un arrepentimiento sincero. Si le presento a Dios mi pesar, si le prometo que de ahora en adelante me portaré bien, si doy una ofrenda más abundante, entonces Dios me atenderá y entonces me perdonará, entonces sí atenderá mi ruego. Si piensas así, estás equivocado. Los musulmanes piensan lo mismo: Que si me arrepiento, si le muestro a Dios lo mucho que me duele el mal que hice, entonces Alá, que es misericordioso me perdonará. No es así según las Escrituras. La Biblia enseña otra cosa. La base del perdón de tus pecados, no es tu contrición y dolor por tus pecados. La base es el sacrificio de Cristo. Sólo él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Tomar como base para el perdón de tus pecados tu sincera contrición y dolor, es lo mismo que presentar una obra humana delante de Dios para tranquilizar su enojo y así él te perdona. No, sino que la verdadera razón por la cual somos justificados, es por la fe en la sangre del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. Dios perdona tus pecados, por causa del sacrificio de su Hijo, no por causa de tu contrición. Dios te perdona, no porque presentes un mérito propio delante de Él. Al contrario, el verdadero arrepentimiento surge cuando el pecador dice a Dios: “Señor, he pecado. Pero no tengo nada para presentarte en mi favor, no tengo nada como para se tranquilice su ira y me perdones. Pero acuérdate,

Dios mío, que Cristo sí hizo algo: él murió por mí, en mi lugar. Por los méritos de tu Hijo, por su sangre derramada en la cruz, ten misericordia de mí, y perdona mis pecados.” Eso sí es una verdadera confesión delante de Dios. En cambio, el falso arrepentimiento de los hipócritas piensa: el sacrificio de Cristo no es suficiente. Yo tengo que contribuir en algo para que Dios me perdone. De esta manera desprecian los méritos de Cristo, y su doctrina central no es la justicia de la fe en Cristo, sino la justicia propia a través de obras.

Por eso, ten presente que Cristo ya pagó todos tus pecados, y que el verdadero arrepentimiento consiste en contrición y fe. Pero no hagas de la contrición o dolor por tus pecados, la causa por la cual Dios deba perdonarte. La causa es Cristo. La fe se apropia de los méritos de Cristo, y por eso el justo vivirá por la fe.

Sin embargo, los que reniegan de Cristo y su evangelio, comenten el pecado contra el Espíritu Santo. Este pecado consiste en rechazar el oficio del Espíritu Santo, es decir, el desprecio a la Palabra de Dios y los santos sacramentos, los medios de gracia por los cuales el Espíritu de Cristo desempeña su oficio de distribuir el tesoro del perdón de los pecados obtenidos por Cristo en su cruz y resurrección. Se trata del pecado conocido como apostasía: una vez que se llegó a la fe salvadora, a pesar de eso, la persona se enfría espiritualmente y termina rechazando lo que una vez recibió. Es un pecado que se comete con la boca, y consiste en negar la verdadera fe cristiana, como ser, la santa trinidad, el sacramento del bautismo, la persona de Cristo. Es duro decir esto, pero es la verdad. Cristo lo dice:

28 De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; 29 pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno. 30 Porque ellos habían dicho: Tiene espíritu inmundo.

Puede ser que una persona haya dado pasos en dirección al pecado contra el Espíritu Santo, como Pedro, que negó al Señor, mas fue por miedo, y no por un odio terco y obstinado. Pero fueron solo pasos. Los fariseos, Judas, y el Faraón en Egipto son ejemplos del pecado contra el Espíritu Santo. Una y otra vez rechazan la Palabra de Dios, hasta que Dios, entonces, deja de actuar en esa persona, porque han rechazado tercamente los medios de gracia por los cuales el Espíritu Santo actúa en las personas: la Palabra y los sacramentos. Sé de algunas personas que uno les invita al culto y parece que les entra por un oído y les sale por el otro. Otras, les da igual participar o no de la santa cena. A otras, ni les hables de confesión y absolución, porque se enojan. Estas actitudes anticristianas, son pasos en dirección al pecado imperdonable contra el Espíritu Santo. No nos cabe a nosotros decir si tal persona lo ha cometido, porque mientras hay vida, hay posibilidad de salvación. Si alguien está angustiado, pensando: ciertamente cometido el pecado contra el Espíritu Santo, debemos consolar a tal persona y asegurarle que no lo ha cometido. Al contrario, tal contrición es evidencia de que el Espíritu Santo está obrando en la persona. Lo que sí no toca a nosotros, es advertir, señalar con amor, de que no es juguete despreciar la Palabra y su predicación, despreciar el Bautismo, despreciar el sacramento del Altar. Porque por estos medios, Cristo purifica a su iglesia, la mantiene limpia, sana, y protegida bajo su gracia. Amén.